

SARAH J. MAAS



UNA CORTE DE  
ALAS Y  
RUINA



SARAH J. MAAS

UNA CORTE  
DE ALAS Y RUINA

TRADUCCIÓN: JULIO SIERRA

 Planeta



CAPÍTULO  
1  
*Feyre*

El cuadro era una mentira. Una brillante y bonita mentira, repleta de flores de color rosa pálido y gruesos rayos de sol.

Lo había comenzado el día anterior, un estudio ocioso del jardín de rosas que aparecía más allá de las ventanas abiertas del estudio. A través del enredo de espinas y hojas satinadas, el verde más brillante de las colinas se extendía, alejándose.

Una incesante e implacable primavera.

Si yo hubiera pintado esta visión del patio de la manera en que mi instinto me lo había urgido, habrían sido espinas que hieren la piel, flores que tapaban la luz del sol para cualquier planta más pequeña que ellas, y ondulantes colinas teñidas de rojo.

Pero cada pincelada en el ancho lienzo estaba calculada. Cada toque y cada grito de colores mezclados significaban retratar no solo la primavera idílica, sino también una posición del sol. No muy feliz, pero con alegría, sanando finalmente los horrores que yo divulgaba cuidadosamente.

Suponía que, en las últimas semanas, había elaborado mi conducta tan intrincadamente como una de esas pinturas. Presumí que si hubiera elegido mostrarme también como verdaderamente deseaba, me habría adornado con garras para desgarrar las carnes y con manos para ahogar la vida de los que entonces me acompañaban. Habría dejado los pasillos dorados manchados de rojo.

Pero no todavía.

Todavía no, me decía a mí misma con cada pincelada, con cada movimiento que había hecho estas semanas. La venganza rápida no le serviría a nadie, salvo a mi propia y furiosa rabia, y nada más.

Incluso cuando les hablaba, oía a Elain sollozando mientras era obligada a entrar en el Caldero. Incluso cuando los miraba, veía a Nesta que apuntaba con el dedo al rey de Hybern en una promesa de muerte. Incluso cada vez que sentía su olor, mis fosas nasales se llenaban con el sabor de la sangre de Cassian, que se extendía sobre las piedras oscuras de aquel castillo de huesos.

El pincel se quebró entre mis dedos. Lo partí en dos, el pálido mango dañado más allá de toda reparación.

Maldiciendo en voz baja, miré hacia las ventanas, hacia las puertas. Este lugar estaba demasiado lleno de ojos atentos como para arriesgarme a arrojarlo a la basura.

Mi mente se movió alrededor de mí como una red, buscando a otros suficientemente cercanos como para ser testigos, para ser espías. No encontré ninguno.

Estiré las manos hacia adelante, con una mitad del pincel en cada una. Por un momento, me permití ver más allá del encanto que ocultaba el tatuaje en mi mano y mi antebrazo derechos. Las marcas de mi verdadero corazón. De mi verdadero título.

Alta lady de la Corte Noche.

La mitad de un pensamiento convirtió el pincel roto en llamas.

El fuego no me quemó, aunque devoró la madera, el manojo de crines y la pintura. Cuando el pincel no fue más que humo y cenizas, invité a

un viento para que lo barriera de las palmas de mis manos y lo sacara por las ventanas abiertas.

Para asegurarme, convoqué una brisa del jardín para que se deslizara por la habitación, limpiando cualquier voluta de humo que quedara, llenándolo todo con el húmedo y sofocante olor de las rosas.

Tal vez cuando mi tarea aquí haya terminado, quemaré esta mansión hasta los cimientos, también. Comenzando por esas rosas.

Dos presencias que se acercaban aparecieron en el fondo de mi mente, y agarré otro pincel, sumergiéndolo en el remolino más cercano de pintura, y bajé las invisibles y oscuras trampas que había erigido alrededor de esta habitación para alertarme sobre la presencia de algún visitante.

Estaba yo trabajando en la forma en que la luz del sol iluminaba las delicadas venas en un pétalo de rosa, tratando de no pensar en cómo una vez lo había visto hacer lo mismo con las alas ilyrias, cuando las puertas se abrieron.

Hice una buena actuación al mostrarme absorta en mi trabajo, con los hombros un poco encorvados, la cabeza inclinada. E hice una actuación todavía mejor al mirar lentamente por encima del hombro, como si el esfuerzo de apartarme de la pintura fuera un verdadero sufrimiento.

Pero la batalla fue la sonrisa que meforcé a poner en mi boca. A mis ojos, la verdadera manifestación de una sonrisa de naturaleza genuina. La había practicado en el espejo. Una y otra vez.

De modo que mis ojos se arrugaron con facilidad al dirigirle a Tamlin una modesta pero feliz sonrisa. Y también a Lucien.

—Perdón por interrumpir —se disculpó Tamlin, escudriñando mi rostro en busca de alguna señal de las sombras de las que yo recordaba ocasionalmente haber sido presa, ésas que yo manejaba para mantenerlo a raya cuando el sol se hundía más allá de las laderas de aquellas colinas—. Pero pensé que querrías prepararte para la reunión.

Me obligue a tragar saliva. Bajé el pincel. Tal como haría la niña nerviosa, insegura que era yo hace mucho tiempo.

—Va a... ¿Hablaste con Ianthe? ¿Ella realmente va a venir?

Todavía no la había visto. A la alta sacerdotisa que traicionó a mis hermanas por Hybern, que nos traicionó por Hybern.

Y aunque los informes turbios y rápidos de Rhysand a través del lazo de apareamiento habían calmado algo de mi temor y de mi terror... Ella era responsable de ello. De lo que había ocurrido semanas atrás.

Fue Lucien quien respondió, estudiando mi pintura como si ésta tuviera la prueba que yo sabía que él estaba buscando.

—Sí. Ella... tenía sus razones. Y está dispuesta a explicártelas.

Tal vez me las explicaría junto con sus razones para poner sus manos sobre cualquier macho que ella quisiera, con la aprobación de éstos o no. Como lo hizo con Rhys y Lucien.

Me preguntaba yo qué era lo que Lucien realmente pensaba de ello. Y del hecho de que el daño colateral de su relación con Hybern había acabado siendo la compañera de él. Elain.

No habíamos hablado de Elain más que una sola vez, el día siguiente de mi regreso.

*A pesar de lo que Jurian quiso decir sobre cómo mis hermanas serían tratadas por Rhysand, le había dicho yo, a pesar de cómo es la Corte Noche, no van a dañar a Elain o a Nesta de esa manera, todavía no. Rhysand tiene formas más creativas de hacerles daño.*

Lucien todavía parecía dudarlo. Pero, por mi parte, yo también había insinuado, con mis propias «lagunas» de la memoria, que tal vez no había recibido la misma creatividad o cortesía.

Que ellos lo creyeran tan fácilmente, que pensarán que Rhysand podría llegar a forzar a alguien... Añadí el insulto a la larga, larga lista de cosas para compensar.

Dejé el pincel y me quité la bata salpicada de pintura para depositarla cuidadosamente sobre el taburete en el que había estado encaramada hacía ya dos horas.

—Voy a cambiarme —murmuré, tirando mi trenza suelta por encima del hombro.

Tamlin asintió con la cabeza, observando todos mis movimientos mientras me yo acercaba a ellos.

—La pintura se ve hermosa.

—Está lejos de estar terminada —expliqué, sacando a la luz a aquella niña que había evitado elogios y felicitaciones, que había querido pasar desapercibida—. Todavía es un desastre.

Francamente, era uno de mis mejores trabajos, aunque la profundidad de su alma era solo visible para mí.

—Creo que todos lo somos —dijo Tamlin con una sonrisa tentativa.

Reprimí el impulso de poner en blanco los ojos y le devolví la sonrisa, rozándole el hombro con la mano.

Lucien estaba esperando fuera de mi nuevo dormitorio cuando salí, diez minutos más tarde.

Me había llevado dos días dejar de dirigirme al viejo dormitorio, girar a la derecha en la parte superior de las escaleras y no a la izquierda. Pero no había nada en esa antigua habitación.

La había examinado una vez, al día siguiente de mi regreso. Muebles rotos; ropa de cama destrozada; ropa esparcida como si él hubiera ido a buscarme dentro del armario. Parecía que no se le había permitido entrar a nadie para limpiar.

Pero eran las enredaderas —las espinas— las que hacían que el lugar fuera inhabitable. Mi viejo cuarto había sido totalmente invadido por ellas. Se curvaban y avanzaban sobre las paredes, entrelazadas entre los escombros. Como si se hubieran deslizado desde los enrejados debajo de mis ventanas, como si hubieran pasado cien años y no meses.

Ese dormitorio se había convertido en una tumba.

Recogí las suaves faldas rosadas de mi vestido de gasa en una mano y cerré la puerta del dormitorio al salir. Lucien permaneció apoyado en la puerta frente a la mía.

Su habitación.

No tuve ninguna duda de que se había asegurado de que yo quedara frente a él en ese momento. No dudé tampoco de que su ojo de metal siempre estaba dirigido hacia mí. Incluso mientras dormía.

—Me sorprende que estés tan tranquila, dadas tus promesas en Hybern —dijo Lucien a manera de saludo.

La promesa que yo había hecho de matar a las reinas humanas, al rey de Hybern, a Jurian y a Ianthe por lo que les habían hecho a mis hermanas. A mis amigos.

—Tú mismo dijiste que Ianthe tenía sus razones. Por furiosa que yo pueda estar, soy capaz de escucharla.

No le había contado a Lucien lo que yo sabía de la verdadera naturaleza de ella. Eso significaría explicar que Rhys la había expulsado de su propia casa, que Rhys lo había hecho para defenderse a sí mismo y a los miembros de su corte, y eso provocaría demasiadas preguntas, socavaría demasiadas mentiras cuidadosamente elaboradas que los habían mantenido a él y a su corte, mi corte, a salvo.

Aunque me preguntaba si, después de lo que le habían hecho a Velaris, era incluso necesario. Nuestros enemigos conocían la ciudad, sabían que era un lugar de bien y de paz. Y habían intentado destruirla en la primera oportunidad.

La culpa por el ataque a Velaris después de que Rhys la hubiera revelado a aquellas reinas humanas perseguiría a mi compañero por el resto de nuestras vidas inmortales.

—Ella va a elaborar el relato que tú vas a querer escuchar —advirtió Lucien.

Me encogí de hombros, mientras avanzaba por el alfombrado pasillo vacío.

—Puedo decidirlo yo misma. Aunque parece que tú ya has decidido no creerle.

Él caminaba junto a mí.

—Ella arrastró a dos mujeres inocentes a eso.

—Estaba trabajando para asegurarse que la alianza con Hybern se mantuviera firme.

Lucien me detuvo con una mano en mi codo. Se lo permití porque *no* permitírsele, contrariamente a lo que había hecho en el bosque hace meses, o usar una maniobra evasiva ilyria para derribarlo, arruinaría mi truco. «Tú eres más astuta que eso», pensé.

Observé la amplia y morena mano que me envolvía el codo. Y luego me encontré con un ojo rojo y uno de oro brillante.

Lucien exhaló.

—¿Dónde la tiene él encerrada?

Yo sabía a quién se refería.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Rhysand tiene un centenar de lugares donde podrían estar, pero dudo que usara alguno de ellos para esconder a Elain, sabiendo que yo los conozco.

—Dime cuáles son de todos modos. Haz una lista de todos ellos.

—Morirás en el momento en que pongas un pie en su territorio.

—Sobreviví bastante bien cuando lo encontré.

—Tú no podías saber que él me tenía cautiva. Tú dejaste que él me recibiera otra vez.

Mentira, mentira, mentira.

Pero el dolor y la culpa que yo esperaba seguían sin aparecer. Lucien aflojó la mano que me sujetaba por el codo.

—Tengo que encontrarla.

—Ni siquiera conoces a Elain. El lazo de apareamiento es solo una reacción física que anula tu sensatez.

—¿Eso es lo que te hizo a ti y a Rhys?

Una pregunta simple y peligrosa. Pero hice que el miedo entrara en mis ojos, me dejé arrastrar por los recuerdos de la Tejedora, del Tallador, del gusano Middengard, de modo que el viejo terror se apoderó de mi olor.

—No quiero hablar de ello —balbucí con voz áspera y vacilante.

Un reloj dio la hora en el piso principal. Envié una silenciosa oración de agradecimiento a la Madre y me puse a caminar con rapidez.

—Llegaremos tarde.

Lucien solo hizo un movimiento de cabeza, asintiendo. Pero sentí su mirada en mi espalda, fija precisamente en mi columna vertebral, mientras yo bajaba. Iba a ver a Ianthe.

Y por fin yo iba a decidir de qué manera hacerla pedazos.

La alta sacerdotisa se veía exactamente como yo la recordaba, tanto en la memoria que Rhys me había mostrado como en mis propias fantasías de usar las garras escondidas debajo de mis uñas para sacarle los ojos, luego la lengua y después abrirle la garganta.

Mi rabia se había convertido en una cosa viva dentro de mi pecho, un latido del corazón que me relajaba para ir a dormir y me estimulaba para despertar. La tranquilicé mientras miraba a Ianthe al otro lado de la formal mesa de comedor, con Tamlin y Lucien a cada uno de mis lados.

Ella todavía llevaba la capucha pálida y la diadema de plata con su límpida piedra azul.

Como un Sifón. La gema en su centro me hizo recordar los Sifones de Azriel y de Cassian. Y me preguntaba si, al igual que las de los guerreros ilyrios, la joya de alguna manera ayudaba a transformar un inmanejable don de magia en algo más refinado, más mortífero. Ella nunca se la había quitado, pero hay que señalar que nunca había visto a Ianthe invocar algún poder mayor que el necesario para encender una bola de luz inmortal en una habitación.

La alta sacerdotisa bajó los ojos verde azulados a la mesa de madera oscura, con la capucha que proyectaba sombras sobre su rostro perfecto.

—Quiero empezar diciendo cuánto lo siento, de verdad. Actué impulsada por el deseo de... conceder lo que yo creía que tal vez tú anhelabas, pero no te atrevías a pedir, y a la vez también mantener a nuestros aliados en Hybern satisfechos con nuestra lealtad.

Lindas, envenenadas mentiras. Pero al descubrir su verdadero motivo... yo había estado esperando por semanas esta reunión. Había pasado estas semanas fingiendo estar convaleciente, fingiendo sanar de los horrores sufridos a manos de Rhysand.

—¿Por qué desearía yo que mis hermanas aguantaran eso? —Mi voz salió temblorosa, fría.

Ianthe levantó la cabeza, escudriñando mi inseguro, si no un poco distante, rostro.

—Porque podrías estar con ellas para siempre. Y si Lucien hubiera descubierto que Elain sería su compañera de antemano, habría sido... devastador darse cuenta de que él solo tendría unas pocas décadas.

El sonido del nombre de Elain en sus labios provocó un gruñido que me subió por la garganta. Pero lo dominé, cayendo en esa máscara de sereno dolor, la más nueva de mi arsenal.

—Si esperas nuestra gratitud —respondió Lucien—, estarás esperando un buen rato, Ianthe.

Tamlin le lanzó una mirada de advertencia, tanto por las palabras como por el tono. Quizá Lucien mataría a Ianthe antes de que yo tuviera la oportunidad de hacerlo, solo por el horror al que ella había sometido a su pareja aquel día.

—No —respiró Ianthe, con los ojos muy abiertos, la imagen perfecta del remordimiento y la culpa—. No, no espero gratitud en lo más mínimo. Ni perdón. Sino comprensión... Éste es mi hogar, también. —Levantó una mano delgada cubierta de anillos y pulseras de plata para abarcar toda la sala, todo el palacio—. Todos nosotros tuvimos que hacer alianzas que no creímos jamás tener que forjar... quizá desagradables, sí, pero... la fuerza de Hybern es demasiado grande como para detenerla. Ahora solo hay que resistirla como cualquier otra tormenta. —Una mirada hacia Tamlin—. Hemos trabajado muy duro todos estos meses a fin de prepararnos para la llegada inevitable de Hybern. Cometí un grave error, y siempre lamentaré cualquier dolor que causé, pero continuemos juntos este buen trabajo. Busquemos una manera de asegurar que nuestras tierras y nuestra gente sobrevivan.

—¿A costa de cuántos otros? —preguntó Lucien.

Otra vez esa mirada de advertencia de Tamlin. Pero Lucien la ignoró.

—Lo que vi en Hybern —continuó Lucien, agarrando los brazos de su sillón con tanta fuerza que la madera tallada gimió—. Cualquier promesa que él hiciera de paz e inmunidad... —Se detuvo, como si recordara que Ianthe podría muy bien informar de todo esto al rey. Aflojó el agarre de su asiento y flexionó sus largos dedos antes de dejar los brazos sueltos otra vez—. Tenemos que ser cuidadosos.

—Lo seremos —prometió Tamlin—. Pero ya hemos acordado ciertas condiciones. Sacrificios. Si nos separamos ahora... incluso con Hybern como aliado nuestro, tenemos que presentar un frente sólido. Juntos.

Todavía confiaba en ella. Todavía pensaba que Ianthe simplemente había hecho una jugada equivocada. No tenía idea de lo que acechaba bajo la belleza, la ropa y los piadosos encantamientos.

Pero, digámoslo, esa misma ceguera le impedía darse cuenta de lo que rondaba debajo de mi piel también. Ianthe inclinó otra vez la cabeza.

—Voy a tratar de ser digna de mis amigos.

Lucien parecía estar tratando, con mucho, mucho esfuerzo, de no poner los ojos en blanco.

Pero Tamlin dijo:

—Todos lo intentaremos.

Ésa era su nueva palabra favorita: *intentarlo*.

Tragué saliva con fuerza, asegurándome de que lo oyera, y asentí lentamente, manteniendo mis ojos en Ianthe.

—Nunca vuelvas a hacer algo así.

La orden de un tonto... una que ella esperaba que yo diera, por la rapidez con la que asintió. Lucien se recostó en su asiento, negándose a decir cualquier otra cosa.

—Lucien tiene razón, sin embargo —aseguré. Era el retrato de la pura preocupación—. ¿Y la gente en esta corte durante este conflicto? —Fruncí el ceño mirando a Tamlin—. Fueron tratados brutalmente por Amarantha... no estoy segura de cuánto podrán soportar la vida al lado del rey de Hybern. Ya han sufrido bastante.

Tamlin apretó la mandíbula.

—Hybern ha prometido que nuestro pueblo permanecerá intacto y no será molestado. —«Nuestro» pueblo. Casi fruncí el ceño... incluso cuando asentí de nuevo, mostrando comprensión—. Eso fue parte de nuestra... negociación.

Cuando vendió a todo Prythian, vendió todo lo que era decente y bueno en sí mismo para *recuperarme*.

—Nuestra gente estará segura cuando llegue el rey de Hybern. Aunque he enviado mensajes para que las familias... se trasladen a la parte oriental del territorio. Por el momento.

Bien. Al menos había considerado esas bajas potenciales... al menos se preocupaba algo por su gente, teniendo en cuenta el tipo de jugarretas enfermizas que le gustaba jugar al rey de Hybern y que podía jurar una cosa, pero quería decir otra. Si él ya estaba sacando del camino a los que más riesgo corrían durante este conflicto... Eso hacía que mi trabajo aquí fuera mucho más fácil. Y el este, según esa información... Si el este estaba seguro, entonces el oeste... El rey de Hybern ciertamente vendría de esa dirección. Llegaría por allí.

Tamlin soltó una exhalación.

—Eso me lleva a la otra razón de esta reunión.

Me preparé, haciendo que mi rostro mostrara una tibia curiosidad, cuando dijo:

—La primera delegación de Hybern llega mañana. —La tez bronceada de Lucien empalideció. Tamlin añadió—: Jurian estará aquí al mediodía.